

Reinventar la catequesis en una sociedad plural

Gilles Routhier¹

El folleto que anunciaba el coloquio indicaba que utilizaríamos el método “ver-juzgar-actuar”. Siguiendo este camino, se me pide que desvele una serie de pistas aplicables a la catequesis y a la pastoral, después de dar la palabra a los sociólogos², que nos han proporcionado una serie de elementos de comprensión de la situación actual, y a los teólogos, que nos han ayudado a pensar teológicamente sobre la transmisión de la fe en esta nueva situación. Si se admite que esta forma secuencial de pensar es la mejor manera de reflexionar y hacer la teología práctica, debo admitir que no he podido beneficiarme, antes de escribir mi ponencia, de las reflexiones de los amigos que me han precedido en la tribuna, y sobre las cuales no haré más que añadir la mía. Para pensar en el hoy de la catequesis, he debido, además, tener en cuenta otras referencias.

Antes de entrar en el núcleo de mi propuesta, debo confesar que no llegaré, como se proponen los objetivos del coloquio, a “reinventar la catequesis” en

¹ Gilles ROUTHIER, director adjunto de la revista *Lumen Vitae*, vicedecano y profesor de teología práctica en la Facultad de Teología y de Ciencias Religiosas de la Universidad de Laval, donde es responsable de un curso, también ofrecido a distancia, titulado *Fe, religión, espiritualidad y mundo de jóvenes*. Ha publicado una obra sobre los itinerarios de las creencias de los jóvenes en Québec seguido de una investigación sobre las prácticas pastorales de la Iglesia Católica en Québec en relación a los jóvenes. Ver http://www.ftsr.ulaval.ca/ftsr/faculte/perso_enseignant.asp. Es igualmente autor de *Sacrée catéchèse. Quand tu déranges familles et paroisses*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 19, Bruxelles/Saint-Barthélemy-d'Anjou, *Lumen Vitae/CRER*, 2007. Dirección: Faculté de théologie et de sciences religieuses, Université Laval, Ste. Foy, Quebec, G1K 7P4 Canada.

² Nota del traductor: Se refiere a las conferencias anteriores que se dieron a lo largo del curso de este coloquio. Las dos sociológicas no están recogidas en este número de la revista *Sínite: Valeurs, sens, spiritualités. Quelques balises pour penser la transmission en Belgique francophone*. Olivier SERVAIS, *La transmission du religieux à l'épreuve d'une diversification individualisante de la société belge*. (Sophie-Hélène TRIGEAUD) y las teológicas, las de Albert Rouet y Philippe Bacq cuyas traducciones aparecen en este mismo número.

cuarenta y cinco minutos; además, no estoy seguro de quererlo. Os propongo que miréis en primer lugar por el retrovisor para situar los desafíos del presente, en particular el de la inscripción en la Iglesia y la propuesta del Evangelio en un “contexto plural”. Considerar la “larga historia” del cristianismo de manera que ella, maestra de sabiduría, nos ayude a pensar el presente que, ciertamente, no es la repetición del pasado, sino el portador de una verdadera novedad, nada despreciable. Con el fondo de esta experiencia histórica, quería reflexionar sobre el tiempo presente, interrogando al Concilio Vaticano II, considerado como la “brújula fiable” para la Iglesia católica.

DOS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS

Quiero, en primer lugar, evocar dos momentos de la historia bimilenaria de la Iglesia en Europa, en los que se ha vivido la experiencia de habitar en “un contexto plural”. Se trata de los primeros siglos del cristianismo en los cuales, como “secta cristiana” desligada del judaísmo, se encontró como una minoría en esa gran masa humana que constituía el Imperio, con múltiples cultos. Otro momento es el período del Renacimiento, en el que la Reforma divide Europa y los católicos tienen que aprender a vivir con otros cristianos, los reformados. Estos dos períodos han dado lugar a experiencias diferentes de vivir con, o al lado de, otros y han conducido, en teología y en catequesis, a dos formas diferentes de proponer el Evangelio.

Cristianos que viven en un mundo no cristiano

A lo largo de los primeros siglos, los cristianos vivían en el Imperio como extranjeros mezclados con poblaciones no cristianas. El verbo griego “paroi-ken”, de donde nos vendrá el término parroquia, significa, en primer lugar: “vivir junto a, vivir entre o en medio de”, también significa “estancia a título provisional o en un país extranjero” o “estar de paso”. Este verbo, frecuentemente utilizado para designar la estancia de los cristianos en el Imperio, permitía concebir la entrada en la Iglesia en un contexto plural. En efecto, este verbo del griego profano ha sido adoptado en las Escrituras cristianas. Se encuentran siete referencias en el Antiguo Testamento (traducción griega de los setenta) y otras dos en el Nuevo Testamento. Por otra parte, el sustantivo “paroikos” aparece cuatro veces en el Nuevo Testamento. En francés, se tra-

duce generalmente por extranjero, emigrado, gente de paso o transeúnte en un lugar. En cuanto a “paroikia”, de donde nos viene el término parroquia, se utiliza de dos maneras y en francés se traduce por estancia. Siguiendo a los Hebreos, de camino hacia la Tierra prometida, los cristianos se consideraban como peregrinos en camino hacia su verdadera patria y, por el momento, residentes en una tierra de préstamo o en una patria que no es la suya. Estaban, en suma, como “extranjeros domiciliados”. La literatura cristiana de los primeros siglos retomará frecuentemente este tema. La dirección de la primera carta de Clemente de Roma (finales del siglo 1º) se lee de la siguiente manera: “La Iglesia de Dios de paso (paroikousa) en Roma, la Iglesia de Dios de paso en Corinto”. La segunda carta de Policarpo de Esmirna a los Filipenses (hacia el 135) y la introducción de la carta de la Iglesia de Esmirna a Filomelión nos dan dos ejemplos, entre otros. Los cristianos tienen conciencia de estar de paso en las grandes ciudades del Imperio: Roma, Corinto, Esmirna, Filipos, etc. En espera de su verdadera patria, los cristianos son “extranjeros domiciliados”, viven en esas ciudades en las que no son numerosos, viven en medio de los no-cristianos, en la condición de diáspora. Desde su origen, el término parroquia sugería la idea de inserción de los cristianos en un lugar y en la cultura de su época. La carta a Diogneto, hacia el 180, es sin duda el texto cristiano que expresa mejor esta manera de situarse en “un contexto plural”:

“Los cristianos no se distinguen de los demás ni por el país, ni por la lengua, ni por como visten. No viven en ciudades especiales; no tienen una lengua extraordinaria, su género de vida no es nada singular... Viven en ciudades griegas o bárbaras, según le corresponde a cada uno, y observan las costumbres locales en el vestido, la alimentación y en el resto de la vida, manifestando el carácter extraordinario y, a confesión de todos, paradójico de su manera de vivir.

Viven cada uno en su propia patria, pero a la manera de personas que no tienen domicilio [...] Toda tierra extranjera es su patria y toda patria es tierra extranjera.

[...] Permanecen en tierra, pero son ciudadanos del cielo [...]

Como cristianos, hemos nacido en la diáspora, hemos nacido en un “contexto plural” y, siguiendo a los Hebreos a quienes se recordaba: “Amad a los extranjeros, ya que el país de Egipto fuisteis extranjeros” (Dt 10,19) o “El extranjero que reside con vosotros será para vosotros como un compatriota y le amarás como a ti mismo, pues fuisteis extranjeros en el país de Egipto” (Lv 19,34)³. Sería necesario que los cristianos escucharan hoy: “recordad que venís de la diáspora”, guardad en la memoria esta experiencia de vivir como extraños en el mundo en el cual vivís. El drama es que hemos perdido la memoria de nuestra condición de extranjeros que viven junto a no-cristianos y que pasan por un país que no es cristiano, sino que es tierra extraña. El riesgo, para los Hebreos, una vez llegados a la tierra prometida, era perder la memoria de su condición de extranjero, de aquella experiencia tan importante de su estancia en el país de Egipto. Para los cristianos, el riesgo, una vez que la secta cristiana ha sido reconocida como oficial, fue llegar a ser amnésicos y olvidar que su condición nativa era la de vivir en un “contexto plural”. Por tanto, en este contexto y en esta situación la primera catequesis se elaboró, se inventó por primera vez. En esto somos tan amnésicos que no recordamos cómo catequizar en un mundo plural. Nuestra referencia histórica, que intentamos sin cesar ajustar en estos cincuenta últimos años, es la catequesis concebida en y para un tiempo de “cristiandad”, aunque esta noción sea poco adecuada para nombrar el período apuntado. En el conjunto de referencias actuales, la única referencia “verdaderamente nueva” propuesta a la Iglesia – y juzgaréis esta novedad – es la referencia catecumenal, tomada de ese período en el que la Iglesia vivía en un mundo que no era cristiano, referencia que desapareció durante los siglos de la cristiandad occidental y fue reactualizada a partir del siglo XIX en los países de misión y, en el siglo XX, de nuevo en Occidente, considerado como “descristianizado” y vuelto a convertirse en “país de misión”.

Creo que, aunque se nos pide que reinventemos la catequesis en un mundo en movimiento y en esta sociedad plural, no hacemos suficientes llamadas a las fuentes de nuestra tradición, a la Iglesia que pasó tantos siglos en mundos no cristianos, adoptó la actitud de “paraikos” o del que habita “cerca de” o “en

³ Ver también Ex 22,20: “No molestarás al extranjero, ni lo oprimirás, pues extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto” y Dt 24,17: “No hagas injusticia al extranjero [...]. Acuérdate de que esclavo fuiste en Egipto y de que Yahvé, tu Dios, te libró”.

medio de”. No lo ha hecho solamente en los primeros siglos, lo ha hecho en otras épocas, sobre todo a partir del siglo XVI, en el momento de las grandes experiencias misioneras. ¿Qué podemos sacar de esta experiencia histórica y qué nos enseña sobre la propuesta del Evangelio?

Creo que el paso de esta época quedó marcado por la adopción de un género literario, las apologías y los diálogos, con el que los cristianos querían proponer, defender y dar razón de la fe cristiana, establecer la credibilidad del cristianismo y hablar con toda coherencia de Dios.

Católicos conciudadanos de otros cristianos

La Reforma constituyó en Occidente otro momento bisagra para la Iglesia católica. Esta vez, los católicos debían vivir con otros cristianos que habían abandonado su línea y que se presentaban como cristianos auténticos o reformados. En el plano jurídico, se intentó dar a ambos grupos un desarrollo separado, no solamente por aquello de “*cuius regio eius religio*”, sino también por la puesta en marcha de redes institucionales separadas y la estricta separación para prevenir los peligros de contaminación inherentes a los contactos.

En el plano teológico, la Contrarreforma ve la emergencia de un nuevo tipo de teología, la teología de la controversia con la fundación de la cátedra de “controversias” del Colegio Romano en 1561 (que llegará a ser la Universidad Gregoriana algunos años más tarde - 1583). Esta actividad de enseñanza era acompañada de otras actividades, como coloquios y predicaciones⁴.

El más célebre representante de la teología controversista es sin duda Belarmino (1543-1621) – hay otros, sobre todo en España, Alemania, Suiza, Francia - que ocupó la cátedra de teología de controversia en Roma y que publicó en tres volúmenes, de 1586 a 1608, las “*Disputationes de controversiis Christiane Fidei adversus hiis temporis haereticos*”, más conocidos bajo el título abreviado “*Controversiae*” y que constituye un tratado de respuestas

⁴ Se hablaba de “predicar las controversias” o de “predicadores para la controversia”, por ejemplo. Ver E. GRISSELLE, *Le Ton polémique de la prédication avant Bourdaloue*, Paris, 1906, pp. 101-106 y 199-287.

a las cuestiones planteadas por los protestantes. Esta obra, que conoce dieciséis reediciones, marcó durante mucho tiempo la teología - por así decirlo hasta el Concilio Vaticano II -, no solamente en razón de su contenido, sobre el cual se ha insistido en lo tratado hasta aquí, sino igualmente por su estilo o la manera de entrar en relación con los otros. La actitud intransigente y polémica, y la preocupación de dejar claras y seguras las posiciones católicas, contribuyeron no solamente a endurecer ciertas posiciones, sino también a romper los equilibrios teológicos fundamentales conseguidos hasta ese momento. Esta teología controversista no solamente no facilitaba el diálogo, sino que conducía a la definición de la identidad católica por oposición a la de los protestantes. Las tesis tomaban finalmente la contrapartida de las tesis contrarias, poniendo el acento en la insuficiencia de la Biblia y valorando, también como contrapartida, la autoridad de la tradición y de los órganos de transmisión, en particular del Papa y su magisterio. Este ataque punto por punto de las posiciones contrarias (en materia de sacramentos, eclesiología y de culto mariano, etc.) o la respuesta a los problemas planteadas por los protestantes no ayudó a solucionar las preguntas desde una perspectiva de conjunto.

En la obra de Bellarmino, es necesario añadir su célebre catecismo, género elaborado por los protestantes, retomado por los católicos después con éxito, sobre todo por los teólogos controversistas como Canisio. Esto condujo a una catequesis donde el carácter nocional y dogmático estaba más acentuado.

Con el Vaticano II, considerado por algunos como el final de la Contrarreforma y visto por Pablo VI como “el gran catecismo de la Iglesia para nuestro tiempo”, se llega a superar este estilo controversista o esta manera de hablar⁵, para adoptar una nueva forma que, quizás, todavía no hemos asumido.

UNA NUEVA EXPERIENCIA HISTÓRICA

He recorrido a grandes trazos estos dos momentos de nuestra historia, que nos recuerdan que el hecho de vivir en un mundo plural no es una experiencia inédita para los cristianos. Dicha experiencia no sólo tiene precedentes, sino que

⁵ Ver *Unitatis Redintegratio* sobre la manera de expresar y exponer la doctrina de la fe.

ha sido y es la situación de muchos cristianos en el mundo. Esto nos debe tranquilizar si la situación actual en algún momento nos preocupa, pero sobre todo, nos debe comprometer a revisar nuestro patrimonio y a encontrar, en estas experiencias, no sólo formas transferibles a la actualidad, a nuestro contexto, sino recursos para pensar en la situación presente. Llegar a una primera conclusión tras este primer recorrido: estas dos experiencias han llevado a la Iglesia a un esfuerzo intelectual de gran amplitud y a una creatividad catequética de gran alcance. No creo que hoy podamos ahorrarnos este mismo esfuerzo intelectual y la misma innovación catequética. El encuentro con el otro, diferente, y la confrontación con el que no es de mi grupo, se acomodan mal con los discursos repetitivos y nos obligan siempre a la recuperación exigente que nos compromete a revisar las cosas en profundidad. Pienso en el documento de los obispos del Magreb, todos europeos de nacimiento, titulado “El sentido de nuestros encuentros”⁶. Esta reflexión les obligó a vivir en pleno mundo musulmán, sin poder ejercer actividades proselitistas. Tenemos, dicen, que comenzar “de nuevo en la meditación de los misterios de Cristo, del Espíritu y de la Iglesia”⁷, a partir de esta situación particular en la que nos encontramos. Pensar en la Iglesia, en la salvación de los no-cristianos, etc., a partir de una situación histórica diferente o “en situación de Iglesia “hic et nunc”, siguiendo la expresión utilizada por Christian de Chergé cuando le era necesario descubrir, junto a sus hermanos, el sentido de la presencia de la Iglesia en Argelia, en el momento en que sus vidas estaban amenazadas⁸. Si es verdad “que la vida de la Iglesia acaba de hacernos entrar en la revelación de su misterio”⁹, ¿hasta qué profundidad del misterio de la Iglesia somos conducidos hoy cuando la Iglesia vive una situación nueva? No dejo de pensar en

⁶ Conferencia Episcopal Regional de África del Norte, “Chrétiens au Maghreb – Les sens de nos rencontres”, en “Documentation catholique, 1775, 1979, pp. 1033-1037.

⁷ Ibid., p. 1033.

⁸ Ver sus capítulos de los meses de enero y febrero de 1995 en Chr. DE CHERGÉ, Dieu pour tout tour. Chapitres de Père Christian de Chergé à la communauté de Thibrine (1986-1996), coll. Les Cahiers de Thibrine série Documents n° 1, Abbaye Notre-Dame d'Aiguebelle, 2004, 538 p.

⁹ Y. CONGAR, Esquisse du Mystère de l'Église, coll. Unam Sanctam, Paris, Cerf, 1953, p.8. Esto está en consonancia con la enseñanza de Dei Verbum 8 según la cual “[...] la percepción de las cosas, lo mismo que las palabras transmitidas, se acrecientan, sea por la contemplación y el estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, sea por la inteligencia interior por la que sienten cosas espirituales...”.

las profundizaciones cristológicas a las que han sido llevados los cristianos de Asia, África y América del Sur. Hay sin lugar a dudas otros lugares contemporáneos a partir de los cuales estamos convocados a proseguir la reflexión sobre el misterio de la Iglesia, por ejemplo: la crisis de pertenencia, la construcción y desestructuración del lugar social, las nuevas relaciones que se desarrollan entre el individuo y el grupo, etc.

Encontrarse en situación de pluralidad religiosa nos lleva a una verdadera reflexión de fondo sobre el misterio de Dios vivo, y la catequesis no puede dejar de lado esta reflexión, pero no podrá apoyarse solamente sobre el pedal de la afectividad, relegando a la sombra la razón o la reflexión doctrinal, impedidos como estamos a veces, al no tener a mano en nuestra alforja más que el lenguaje de la fe, que a veces no alcanza más que la comprensión o que, en todo caso, se siente ineficaz en el momento de la transmisión. Como en la Antigüedad, la catequesis permanece hoy como un lugar de reflexión, de inteligencia del misterio cristiano y de producción de palabras nuevas para expresar cómo satisfacer la exigencia de coherencia interna de la fe.

A la luz de este primer recorrido y a la luz de la experiencia, se puede concluir que la catequesis, confrontada en un medio plural, tanto en el contenido de su discurso como en su forma, está llamada a renovarse. Del contenido de la catequesis¹⁰ se ha hablado bastante poco en los últimos años, pensando más en entregarse a nuevos registros y nuevos métodos. Sin embargo, el mundo plural en el cual nos encontramos debe conducirnos a poder dar cuenta de manera creíble y coherente de la fe. Es quizás ahí donde nos aprieta el zapato hoy y de donde nos viene la reducida capacidad misionera de los católicos: su incapacidad para tener un discurso articulado que dé cuenta de su fe; hay un sentimiento de vergüenza a decir que se es católico.

Renovar la catequesis en el plano del contenido no significa proponer “otra fe”, sino llegar a expresar esta fe de manera razonable y argumentada y a dar

¹⁰ Cuando en un coloquio tenido en Québec en agosto de 2007, puse el acento sobre las relaciones en catequesis, observando que el acento unilateral puesto sobre el contenido no permitía comunicar la experiencia cristiana que se transmite en la relación (ver G. ROUTHIER, “Etonnante catéchèse”, en G. ROUTHIER y otros, “Cette catéchèse qui bouscule familles et communautés chrétiennes”, Montreal, FIDES et Médiaspaul, 2007, pp. 17-38). Sin embargo, no se trata de una relación sin contenido. Así, estas dos comunicaciones se deben mirar como complementarias.

cuenta de la fe de manera coherente. En el momento en que el nivel cultural crece, no se toma en serio el discurso cristiano. Hay que hacer un esfuerzo de inteligencia de la fe sobre el terreno, no faltan las buenas voluntades – incluso si nos quejamos, a veces, de la pobreza de recursos y de la falta de relevo – pero es sobre todo el déficit de inteligencia de la fe quien limita la catequesis. No estoy lejos de abogar a favor de una nueva apologética – que no sea polemista ni controversista – que conduzca a una expresión de la fe culturalmente creíble. Si no lo hacemos seriamente, se puede temer una regresión al pietismo, o al fundamentalismo, o al desarrollo de una apologética reaccionaria y polémica, inspirada precisamente en el miedo al otro porque construye su fe sobre una base racional.

Es la primera lección que saco de los dos recorridos “históricos” que he propuesto o de la observación – sin duda demasiado superficial – de dos momentos en que los cristianos han tenido la experiencia de vivir como extranjeros en el mundo en que vivían y en que los católicos llegaron a la conclusión de que ya no eran maestros sino quienes compartían el espacio europeo.

PROPUESTAS ECLESIALES BALBUICIENTES: ENTRE EL CATECUMENADO Y EL CATECISMO

La necesidad de tomar en serio la cuestión del contenido de la catequesis no nos dispensa sin embargo de reflexionar sobre el método y su modalidad. He querido mostrar que el hecho de vivir en un mundo plural ha favorecido la innovación en el plano de la transmisión y ha sido la ocasión para que el cristianismo desarrollara modos de discurso y prácticas catequéticas. Tengo, a veces, la impresión de que, hoy, se está igualmente lejos de contar con este capítulo; y es ahí donde quiero proponer el segundo desafío, si se quiere realmente “reinventar” la catequesis, aunque me da miedo emplear esta expresión que me parece demasiado pretenciosa. De hecho, no veo surgir nuevas formas de catequesis.

Esquemáticamente, podría decir que la Antigüedad cristiana inventó el catecumenado y que el Concilio de Trento, después de Lutero, puso en primer plano el catecismo, dos modos característicos en la historia de la catequesis. Se puede decir que, hoy, no se tiene nada mejor que proponer que la restau-

ración del catecumenado o el retorno al catecismo. En este contexto, no se puede responder al tema del coloquio: “¡Sociedad plural, nueva transmisión!”. En materia de innovación, se ha visto ya lo mejor. Construyo de manera deliberada esta caricatura de la realidad - que encuentra referencias en lo real - y destaco el rasgo para indicar la dificultad que se da, no solamente en la Iglesia, sino también en todas las instituciones transmisoras, para inventar realmente en este mundo que ha revolucionado el terreno de las comunicaciones, teorías y prácticas.

Esta caricatura tiene por ventaja construir cierta oposición entre dos modelos: el catecumenado y el catecismo. Se ha pasado del uno al otro y, siguiendo nuestras opciones ideológicas, se optaría hoy por uno o por otro.

Es necesario, sin embargo, tomar precaución sobre las esquematizaciones rápidas y no hacer oposiciones fáciles. Cierto, catecumenado y catecismo son dos aproximaciones esencialmente diferentes - volveremos al tema - pero es necesario, antes que nada, reconocer la continuidad. En efecto, también sorprende que esto pueda aparecer, pero se puede hacer una aproximación a condición de que no se tome el catecismo a partir de su pedagogía en forma de preguntas y respuestas, que denotan una preocupación por el rigor y la precisión doctrinal, lo cual se traduce por una aproximación conceptual y nocional a la fe cristiana, sino que se considera a partir de su estructura: los sacramentos (y en particular los sacramentos de la iniciación, bautismo y eucaristía), el Padrenuestro (o la oración dominical), los mandamientos (la práctica cristiana) y el credo. Por ejemplo, la doctrina cristiana presentada a partir de una trama narrativa que desarrolla la acción de Dios en la creación al comienzo de los tiempos, me recuerda un pasaje en el que San Agustín recomienda: “Para hacer una narración completa, el catequista debe comenzar por el primer versículo del Génesis: “Al comienzo Dios creó el cielo y la tierra” y descender hasta la historia contemporánea de la Iglesia”¹¹. Esta narración se hacía a partir de la Escritura - y no a partir del Credo - pero está implicado el mismo modo narrativo y el recorrido de los mismos misterios, tal como se puede ver.

Esta estructura del catecismo - y no el modelo de instrucción - es fuertemen-

¹¹ San Agustín, “De catechizandis rudibus”, Cap. 3, 5.

te tradicional – pensemos en la tradición del Símbolo y de la Oración dominical – y no se encuentra solamente en la época patristica, sino también en el catecumenado actual si se miran las cosas de cerca.

Los que han recibido de Dios la fe en Cristo por la Iglesia, deben ser admitidos con ceremonias litúrgicas al catecumenado; éste no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino la formación a la vida cristiana integral y el aprendizaje llevado de mejor manera; formación y aprendizaje por los cuales los discípulos se unen a Cristo, su Maestro. Por lo tanto, hay que iniciar adecuadamente a los catecúmenos en el misterio de la salvación, en la práctica de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que deben celebrarse en tiempos sucesivos, e introducirlos en la vida de la fe, la liturgia y la caridad del Pueblo de Dios.

Después, liberados por los sacramentos de la iniciación cristiana del poder de las tinieblas, muertos, sepultados y resucitados con Cristo, reciben el Espíritu de hijos de adopción y celebran el memorial de la muerte y resurrección del Señor (AG 14)

Quiero insistir en esta similitud o continuidad entre catecumenado y catecismo antes de mostrar sus diferencias en cuanto a los modos de transmitir implicados por una u otra práctica, y luego llegar a una conclusión. La semejanza surge de un elemento que quiero subrayar: existen dos caminos diferentes, en el plano pedagógico, de hacer la misma cosa a partir de una estructura similar: insertar a alguien en una tradición que lleve a una manera de ser y a ciertas actitudes de base (fe, esperanza, caridad), una manera de vivir o una ética o una manera de aprehender su propio misterio, la existencia y el mundo, o una sabiduría más todavía que un saber. Este elemento de semejanza quiero subrayarlo ya que nos será útil a continuación. Poco importa la época, parece que la preocupación es ligar a alguien a una tradición, de hacerle compartir, de permitirle apropiarse y entrar en esa tradición. Luego, se trata de elegir el recorrido o los medios; dicho de otra manera, parece libre a la hora de considerar los medios. Esta es la segunda lección que quiero sacar de la evocación de los dos momentos históricos que he hecho al comienzo de esta comunicación. Tanto en la Antigüedad como en el siglo XVI, se quiere, por diferentes medios, conseguir los mismos objetivos: inscribir a alguien en un grupo y en una tradición, dándole los códigos comunes del grupo: la actitud espiritual

justa de aquel que se encuentra delante de Dios (el Padrenuestro); la relación ética adecuada que lleva consigo esta relación particular con Dios (el decálogo); la prueba iniciática (que transforma, que obra lo que ha proclamado) del encuentro con Dios y con el prójimo (la vida sacramental) y la entrada de la historia particular en la trama de la historia trinitaria de Dios (el credo). Con respecto a esto, catecumenado y catequesis se entienden; aunque se podría concluir de manera trivial si no se perciben en el mismo movimiento las diferencias importantes en el método o en los procesos de construcción del sujeto cristiano, que catecumenado y catecismo son lo mismo.

Esta continuidad merece, sin embargo, resaltarse y nos es necesario retenerla en el momento en que se nos pide reinventar la catequesis. Esto me parece más necesario hoy, cuando se tiene el sentimiento de que la destradicionalización es lo que provoca la dificultad hoy, sin duda más que en las épocas de que he hablado. Por recuperar los términos de Eric J. Hobsbawn, “la mejor manera de comprender la revolución cultural de finales del siglo XX es (...) ver el triunfo del individuo sobre la sociedad, y sobre todo, la ruptura de los hilos que, desde el pasado, habían unido a los seres humanos en el tejido social”¹². Refiriéndome al aforismo que dice que “la historia no sirve jamás dos veces el mismo plato”, decía más arriba que la situación de pluralismo que vivimos actualmente es cualitativamente diferente de la que se ha conocido en los primeros siglos cristianos o la que ha marcado el Renacimiento. Lo que la hace cualitativamente diferente es precisamente el hecho de que debemos conjugarla con un malestar importante en la filiación¹³ o con una crisis de la memoria.¹⁴

EL VATICANO II COMO GRAN CATECISMO

Recordamos estas palabras de Pablo VI en referencia al Vaticano II, que debemos considerar como “el gran catecismo de los tiempos modernos”. O bien se

¹² E.J. HOBSBAWN, *L'Âge des extrêmes. Histoire du court XXe siècle*, Paris, Éd. Complexe, 1994, p.437.

¹³ *Malaise dans la filiation*, en *Esprit*, 12, 1996.

¹⁴ Sobre la pérdida de la memoria religiosa, se verá E.-M. MEUNIER y J.-Y. THÉRIAULT (Dir.), *Les impasses de la mémoire: histoire, filiation, nation et religion*, Montréal, Fides, 2007.

trata de una figura retórica, o bien esta expresión es rica en contenido y debemos preocuparnos en hacer algo. Propongo, como último recorrido, revisar el Vaticano II a partir de esta afirmación, para ver si podemos encontrar algún dato que nos permita “reinventar la catequesis en un mundo plural”.

Una palabra sobre el tema de la experiencia del mundo plural que se podía ver en el Vaticano II. En efecto, si la experiencia de pluralismo que se vivía entonces no tenía nada que ver con la de nuestros días, entonces la experiencia conciliar queda inmediatamente descalificada para “reinventar hoy la catequesis”. Cuando miro al Vaticano II, estoy sorprendido de ver hasta qué punto está marcado por la presencia (o la obsesión) de los otros. La mayor parte de los concilios tenían en su mira a los herejes o los cismáticos, tanto es así que una regla clásica en materia de hermenéutica de los concilios era la de apreciar e interpretar la enseñanza propuesta a partir del error que se quería condenar. Desde ese punto de vista, los otros han estado siempre presentes en los diversos concilios. Sin embargo, en el Vaticano II, las cosas fueron diferentes. El concilio fue convocado entonces sin que ninguna herejía amenazara la fe, no tomó una actitud defensiva. Por primera vez, la necesidad de presentar la doctrina cristiana a una gran diversidad de personas – que no pertenecen a la Iglesia, que la rechazan o que se alejan porque no la encuentran más creíble – aparece como el desafío más presente. Se pasa entonces de un desafío de defensa y de polémica al de la exposición serena de la fe y de la demostración de su credibilidad. Además, no se ocupa solamente de la transmisión del Evangelio, sino también de las condiciones de su recepción.

Los “otros” están mucho más presentes en el Vaticano II que en otros concilios anteriores. Su presencia es “plena” (en cierta medida, están en el aula conciliar a través de los observadores) y son numerosos; no están solamente los “cismáticos” y los “herejes”, siguiendo el lenguaje de la época, todavía en uso, pero que iba a desaparecer inmediatamente – hecho no menos significativo – sino que están los creyentes de otras religiones, en particular los judíos; los ateos y los hombres de buena voluntad. Cosa todavía más original e inesperada, el concilio pretende dirigirse no solamente a los católicos, sino igualmente a todos los hombres de buena voluntad, para exponerles y presentar la doctrina cristiana como patrimonio de la humanidad y destinada a iluminar todas las cosas.

Esta originalidad del Vaticano II se da, sobre todo, en la *Gaudium et Spes*, tantas veces leída, pero que no es nada simple:

[...] Tras haber investigado más profundamente el misterio de la Iglesia, se dirige ya sin vacilar no sólo a los hijos de la Iglesia y a cuantos invocan el nombre de Cristo, sino a todos los hombres, deseando exponer a todos cómo entiende (el concilio) la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual. (GS 2).

Por consiguiente, a la luz de Cristo, imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura¹⁵, el concilio pretende hablar a todos para iluminar el misterio del hombre y para cooperar en el descubrimiento de la solución de los principales problemas de nuestro tiempo. (GS 10)

Esta preocupación se encuentra ya en el discurso de apertura con que Juan XXIII inició el Concilio, especialmente en la sección dedicada a la promoción de la doctrina en nuestra época:

Quedó claro lo que se pedía al Concilio ecuménico en lo referente a la doctrina:

Este Concilio ecuménico n. XXI – [...] – quiere transmitir la doctrina católica en su integridad, sin reducciones ni deformaciones. Esta doctrina, pese a las dificultades y a las luchas, ha llegado a ser patrimonio común de la humanidad. Esto, sin duda, no a todos les resulta agradable; sin embargo, a todos los hombres de buena voluntad se les ofrece como un gran tesoro.

Nuestra tarea no es únicamente guardar este tesoro como si nos preocupáramos tan solo de su antigüedad, sino también estudiar con decisión y sin temor lo que le exige nuestra época [...]

Tampoco nuestra tarea tiene como fin fundamental discutir algunos capítulos importantes de la doctrina cristiana y repetir, ampliado, lo que han

¹⁵ Cf. Col 1,15.

dicho los Padres y los teólogos, antiguos y modernos. Todo esto sabemos que lo conocéis y lo tenéis presente en vuestro espíritu.

[Presentar la doctrina de una manera que responda a las exigencias de nuestra época]

Para tener este tipo de discusiones, no era necesario convocar un Concilio Ecuménico. Lo que importa hoy es la adhesión de todos a la doctrina católica en su integridad [...] Es necesario, además, como lo desean ardientemente todos los que se comprometen sinceramente con el espíritu cristiano, [...] conocer con mayor amplitud y profundidad esta doctrina, [...] que las almas se impregnen y se transformen por la doctrina. Esta doctrina [...] hay que investigarla y exponerla según las exigencias de nuestro tiempo. En efecto, una cosa es el depósito de la fe - o sea las verdades que contiene nuestra venerable doctrina - , y otra distinta es el modo como se enuncian estas verdades, conservando, sin embargo, el mismo sentido y significado; hay que dar mucha importancia a la elaboración de ese modo de exponerlas y trabajar con paciencia; habrá que recurrir a una forma de presentar lo que mejor corresponde a la enseñanza que tiene, sobre todo, carácter pastoral.

La manera de atajar los errores

La Iglesia se opuso siempre a los errores y a menudo los condenó con gran severidad. En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere emplear la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad. Ella cree que, en vez de condenar, hay que responder a las necesidades actuales explicando mejor la riqueza de su doctrina [...] La Iglesia católica, al levantar la antorcha de la verdad religiosa mediante este Concilio ecuménico, quiere mostrarse madre amantísima de todos, llena de bondad y de paciencia, movida por la misericordia y la compasión para con los hijos separados de ella [...] Les abre las fuentes de su rica doctrina, gracias a la cual los hombres, iluminados con la luz de Cristo, puedan comprender a fondo lo que verdaderamente son, su excelsa dignidad y el fin que deben buscar. Finalmente, la Iglesia, por medio de sus hijos, ensancha por todas partes las dimensiones de la caridad cristiana, que es lo más

adecuado y eficaz para arrancar las semillas de la discordia, para impulsar la concordia, la paz justa y la unidad fraterna de todos.

Desde aquí surge, sin duda, la primera indicación de lo que quiere significar “el Concilio como gran catecismo de la época moderna”. Se trataría de presentar la doctrina cristiana en medio de un relato que no es la simple repetición de lo que nosotros creemos y poseemos con toda normalidad. Este relato exige una nueva forma, una manera de presentar la doctrina que nos permita profundizar, nos dé nueva inteligencia y nos lleve a ponerle más atención, como nos dirá Juan XXIII. Esta forma nueva no se reduce al método, sino también al estilo (a la retórica) y a una manera de hablar¹⁶. Incluye, como nos lo muestran las investigaciones y los tanteos en torno al texto de *Gaudium et Spes*, la búsqueda de un nuevo punto de partida y de una nueva manera de exponer la doctrina.

Esta forma nueva, ya fue probada en el primer documento debatido en el aula conciliar, el Mensaje dirigido a la humanidad por los Padres Conciliares.

Nos complacemos en enviar a todos los pueblos y naciones el mensaje de salvación, de amor y de paz que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, trajo al mundo y confió a su Iglesia.

[...]

En esta asamblea, bajo la dirección del Espíritu Santo, queremos buscar la manera de renovarnos a nosotros mismos, para manifestarnos cada vez más conformes al Evangelio de Cristo. Nos esforzaremos en manifestar a los hombres de estos tiempos la verdad pura y sincera de Dios, de tal forma que todos la entiendan con claridad y la sigan con agrado.

Como pastores, queremos responder a las necesidades de todos los que buscan a Dios “en la esperanza de descubrir tanteando, y con la certeza de que no está lejos de cada uno de nosotros”. (Hechos 17,27)

¹⁶Ver G.ROUTHIER, Vaticano II come stile, en “La Scuola cattolica”, 136/1, 2008, pp. 5-32.

Obedientes a la voluntad de Cristo, que se entregó a sí mismo a la muerte “para presentar ante sí una Iglesia sin mancha ni arruga..., sino santa e inmaculada”¹⁷, orientaremos todas nuestras energías a esta obra de renovación espiritual, para que la Iglesia, tanto en sus dirigentes como en sus miembros, ofrezca a todo el mundo la faz amable de Jesucristo, que luce en nuestros corazones “para que resplandezca el conocimiento de la claridad de Dios”¹⁸.

Aquí tenemos una primera indicación si se quiere pensar en la catequesis a partir del Vaticano II: está llamada a profundizar la doctrina a fin de presentarla “de manera que responda a las exigencias de nuestra época”, dirigiendo a la humanidad un mensaje de amor (y no de condenación) y acompañando el anuncio de conversión y de renovación de la Iglesia. Esta indicación ya es todo un programa. Permitid que añada todavía otros cuatro.

Decir que el Vaticano II se nos presenta como un gran catecismo, es reflexionar no solamente sobre la acción catequética (inteligencia de la fe), en su estilo y en su forma (diálogo e intercambio), en sus materiales y en sus fuentes (en primer lugar la Escritura, la experiencia litúrgica, el recorrido de la tradición, desde los Padres), el catecismo no es solamente un libro, designa igualmente una experiencia y un lugar. En el caso del Vaticano II, esto nos lleva a pensar que la catequesis está estrechamente asociada a una inmersión en la Iglesia. Sin embargo, como ocurre a menudo, las palabras nos engañan, porque ¿qué entendemos por Iglesia? Es evidente que en el Vaticano II se trata de una Iglesia renovada y trabajada por el Espíritu, una Iglesia extrovertida, vuelta hacia los otros, que comparte sus esperanzas y angustias, sus alegrías y sus penas; una Iglesia a la escucha de la Palabra y del mundo, etc. La Iglesia de la que hablo es un lugar de experiencia y de descubrimiento, lugar de encuentro con el otro, de intercambio y discusión, de escucha y discernimiento, lugar de profesión de fe y de testimonio. Un Concilio – como una celebración eucarística – es una Iglesia en acto y, en el caso del Vaticano II, ofreció una expresión algo asombrosa de la Iglesia; ofreció a los que participaban un

¹⁷ Cf. Ef 5,27.

¹⁸ Cf. 2 Co 4,6.

baño eclesial incomparable; era como sumergirse intensamente en un medio eclesial del que no se salía sin ser transformado. De manera similar, la catequesis se sumerge en un espacio de relaciones y experiencias. La Iglesia, que no es ante todo una institución (que cierra o retiene, una organización que aleja) nos permite tomar contacto con la tradición de manera viva a través de una experiencia y no simplemente a través del estudio y la instrucción. La catequesis permite la afirmación de la identidad católica, no por oposición a otras, sino en razón de la intensidad y la densidad de la experiencia que se hace en la Iglesia y en los lugares que se relacionan.

A lo largo de los últimos años, la catequesis (como la pastoral de infancia y juventud) ha tenido, quizás, la tendencia a independizarse (catequesis separada) y a desarrollarse al margen de la vida eclesial¹⁹; lo cual la ha llevado a perder la aportación propia que da el baño eclesial, ha dejado al margen a los catequizandos que no llegan a reconocerse como miembros de la Iglesia y se ha hecho incapaz de renovarla. Ciertamente, hay necesidad de un lugar propio, pero es necesario no olvidar que la catequesis se desarrolla en un lugar eclesial (la catequesis de la comunidad). Esta indicación se debe reflexionar y afinar, pero hay que dar con la intuición propia de la pedagogía actual de la ciudad educativa, en nuestro caso, la vida eclesial presentada como ciudad educativa. Si se llega a esto, quedarán superados los debates actuales sobre la apropiación de la tradición y sobre la pérdida de memoria que evocaba anteriormente. La memoria y los códigos no se adquieren por la instrucción, sino por la vida en grupo y por la inmersión en la experiencia. Es necesario añadir que el éxito de esto está ligado a la renovación de la Iglesia; existe una correlación neta, me parece, entre Iglesia moribunda y catequesis agonizante, así como entre Iglesia viva y catequesis dinámica.

Vaticano II, como gran catecismo de los tiempos modernos, es también encontrar, tanto en la catequesis como en el mismo Concilio, la Palabra como fundamento. Palabra releída a través de la tradición, pero Palabra que conserva un estatuto prioritario e irreductible. La profundización de la doctrina no pudo ser realizada en el Vaticano II más que por la vuelta al principio, a la

¹⁹ Es al menos la experiencia de Québec, experiencia bastante diferente en relación a la que encontramos en los Estados Unidos.

Palabra, entronizada cada mañana en el aula conciliar. Nada de catequesis que no toma por modelo ese “gran catecismo de los tiempos modernos” que representa el Vaticano II, sin tomar la Palabra como recurso fundamental. Y no es cuestión de aislar la Palabra y de desligarla de la tradición que la ha hecho llegar hasta nosotros, o la experiencia de nuestros contemporáneos – nada de volcarse en el biblismo -, sino de la catequesis le dé un estatuto particular, un estatuto de fundamentación. A la luz de la Escritura, los Padres del Concilio, como los discípulos de Emaús, pudieron releer lo que les llegaba o lo que llegaba al mundo de aquel tiempo (GS 4 y 11²⁰). En el momento en que las discusiones continúan sobre las fuentes y el estilo de la catequesis, sería interesante examinar cómo el Vaticano II pone en relación los diversos lugares teológicos que son la Escritura, la tradición doctrinal de la Iglesia y la experiencia de nuestros contemporáneos; es interesante ver cómo se entrecruzan estos lugares, dando siempre a la Escritura el papel fundamental que se le debe; más todavía, es la Escritura que debemos aprender a leer y releer, como también importa leer las experiencias de nuestros contemporáneos.

Debo añadir - y esto puede ir a contracorriente con relación a lo que hoy se observa, porque me obliga mi fidelidad al Concilio Vaticano II -, que la Eucaristía está en el corazón de la catequesis (¿es necesario decir: “fuente y cumbre”?). Sería necesario profundizar – y hacerlo con los catequetas y catequistas que trabajan sobre el terreno - para ver todo más claro, pero afirmo que es necesario retejer los lazos que hay entre catequesis y eucaristía, no solamente porque me baso en el modelo del Concilio Vaticano II para pensar la catequesis, sino también porque creo que esto es capital hoy para la catequesis misma. En efecto, la Eucaristía – centrada en el misterio – es una manera de transmitir todo sin mucha instrucción. Forma al cristiano haciéndolo oyente de la Palabra, pero más aún enseñándole a recibir su vida de otro, las actitudes de acción de gracias, de ofrenda, de convivencia con el hermano, el gesto de compartir el pan o de lavar los pies, etc. La Eucaristía nos da

²⁰ Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza. He aquí algunos rasgos fundamentales del mundo moderno (GS 4). Se puede ver también PO 7, AA 10, etc.

el código cristiano y, en este sentido, es realmente la forma elemental de la vida religiosa cristiana. Aquí se encuentra de nuevo la continuidad entre la dimensión eucarística de nuestras existencias y la celebración misma, es un lugar de aprendizaje.

En fin, la catequesis, si se inspira en el Concilio Vaticano II como el gran catecismo, es testimonio, no sólo como finalidad, sino también como modalidad. Este testimonio tomará forma de solidaridad con la familia humana y de servicio de ésta; el testimonio que se dará en forma de conversación, para retomar la expresión de Pablo VI y de “*Dei Verbum*”. Es el estilo propio del Vaticano II, un discurso doctrinal que ha surgido de las formas apologéticas y doctrinales de la Contrarreforma.

CONCLUSIÓN

Pensar hoy en la catequesis en un mundo plural como el nuestro, no nos coloca únicamente ante una alternativa: restaurar el catecumenado o volver al catecismo. Pablo VI nos dio otra indicación cuando presentó el Concilio Vaticano II como el gran catecismo de nuestro tiempo²¹. No se trata solamente del Vaticano II como texto, sino también como acontecimiento y experiencia. En este acontecimiento se encuentran los fundamentos de la catequesis, que se encontraban ya en el catecumenado y el catecismo, pero organizados de forma diferente en el siglo XX. Creo que todavía podemos extraer otros aspectos de este gran catecismo de los tiempos modernos, para reinventar la catequesis hoy en un mundo plural.

²¹ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, art.2: “Los últimos Papas le han reservado un puesto de relieve en su solicitud pastoral. Mi venerado Predecesor, Pablo VI, sirvió a la catequesis de la Iglesia de manera especialmente ejemplar con sus gestos, su predicación, su interpretación autorizada del Concilio Vaticano II, que él consideraba como la gran catequesis de los tiempos modernos, y con su vida entera”. (CT2)